TRIBUNA

JORDI SOLÉ TURA
Diputado al Parlament por el PSC. Catedrático de derecho constitucional. Ex decano de la facultad de Derecho de Barcelona. Redactor de la Constitución de 1978. Autor de diversos libros, entre ellos 'Nacionalidades y nacionalismos en España'



Hasta que el coronel **Bermúdez** no se puso al frente de los 'contra', los acuerdos de Esquipulas y los de Sapoá conducían a la resolución del conflicto en Nicaragua. Aquel golpe de mano, considera el autor, no fue sólo para hacerse con el poder en un sector, sino para frustar el proyecto de paz en Centroamérica y destruir todo lo que se había pactado anteriormente

Nicaragua pasa por momentos difíciles

LAS noticias que llegan de Nicaragua son muy preocupantes. Desde que la *contra*, bajo el liderazgo *ultra* del coronel **Bermúdez**, decidió romper las negociaciones de paz se veía venir una escalada de las tensiones, pero éstas han llegado ya muy lejos y parece que se está al borde la ruptura total.

Hasta que el tristemente célebre coronel **Bermúdez** se puso al frente de la delegación de la *contra*, las negociaciones habían avanzado, dentro del marco de los acuerdos de Esquipulas, y habían llegado a un punto francamente esperanzador con los acuerdos de Sapoá entre el Gobierno sandinista y la *contra*. Pero el golpe de mano del coronel **Bermúdez** fue un elemento más de una amplia maniobra destinada a fustrar el proceso de paz centroamericano y a destruir los acuerdos de Esquipulas.

A mi entender, aquí han confluido tres tipos de intereses y de presiones. El primero es el deseo del presidente **Reagan** y de su administración de no concluir su mandato sin haber puesto al régimen sandinista contra las cuerdas y sin haber recuperado la iniciativa en Centroamérica que el Gobierno de EEUU había perdido, en parte, tras la crisis del Irangate y tras los acuerdos de Esquipulas. En este sentido, la administración **Reagan** pretende crear una situación que haga muy difícil al próximo presidente cambiar radicalmente de política en Centroamérica.

El segundo es la división en la cúpula de los dirigentes de la *contra* nicaragüense, división que en gran parte se debe a la presión del Gobierno norteamericano. Tras los acuerdos de Sapoá, esta presión fue enorme y provocó no sólo la desautorización de los dirigentes de la *contra* que firmaron los acuerdos y estaban negociando su aplicación, sino también la ya citada promoción del coronel **Bermúdez** a fin de romper la negociación.

EL tercero es la celebración de la convención del Partido Demócrata en Atlanta para ratificar a **Michael Dukakis** como candidato a la presidencia en las próximas elecciones norteamericanas. A pesar de la prudencia de sus tomas de posición, **Dukakis** se ha manifestado claramente partidario de cambiar la política norteamericana en Centroamérica y de abandonar la estrategia militarista a ultranza de **Reagan**. Era de prever, pues, que en vísperas de la convención demócrata se producirían acontecimientos destinados a influir en los delegados en sentido favorable a las posiciones duras e intervencionistas del gobierno Reagan. Y así ha sucedido.

Desde luego, la crisis del proceso de paz en Nicaragua no se puede separar de la crisis más general que vive el proceso de paz en toda Centroamérica después de los acuerdos de Esquipulas. No hay más que recordar los recientes sucesos de Honduras, El Salvador y Guatemala, así como la crisis de Panamá, uno de los países inspiradores del pacto de Contadora.

De todos modos, lo que está ocurriendo en Nicaragua en estos momentos y el nivel a que ha llegado la tensión directa con EEUU constituyen el aspecto más preocupante de esta crisis general. Supongo que el Gobierno sandinista ha visto colmada su paciencia, tras la ruptura de las negociaciones de paz, y ha decidido plantar cara directamente al poderoso vecino del Norte. Pero esta actitud, que es perfectamente comprensible en sí misma, no se puede valorar al margen del actual contexto internacional. En definitiva, ésta es una prueba de fuerza entre contendientes muy desiguales, ya que el Gobierno de Nicaragua no puede correr el riesgo de quedarse aislado internacionalmente en un momento tan decisivo, ni perder las bazas políticas que ha ido acumulando en tantos meses de acción y de negociación.

SÉ perfectamente que dar consejos desde lejos, sin estar inmerso en la problemática cotidiana de una lucha dificilísima y extenuante, puede convertirse en un ejercicio intelectual de laboratorio, sobre todo si esto no se traduce luego en una movilización social activa contra el intervencionismo del Gobierno **Reagan**. Pero también pienso que la solidaridad con el pueblo de Nicaragua no debe consistir en adoptar una lógica de blanco o negro. Creo que es fundamental que el proceso de paz iniciado en Nicaragua culmine con éxito, que los acuerdos de Esquipulas y el espíritu que los inspiró triunfen y que el pueblo de Nicaragua pueda gozar de la libertad y la independencia que la revolución sandinista hizo posibles al derrotar a la dictadura de **Somoza**. Para ello, el Gobierno sandinista cuenta con su propia solidez, pero también necesita muchos apoyos dentro y fuera de Nicaragua, y muy principalmente en EEUU. El momento es difícil, pero si hasta ahora los dirigentes de Nicaragua han superado tantos momentos difíciles es de creer que también en esta ocasión saldrán adelante.

OPUS MEI

JOSEP PERNAU



A China

EN la primavera del próximo año se puede hacer realidad aquello de que el señor **Pujol**, llegando a China, le dice al señor **Deng Xiaoping**: ***"Som sis mil·lions"***. Y el líder chino le contesta: **"¿Y en qué hotel se alojan?"**

El señor **Prenafeta** ya ha empezado a preparar el viaje del President, que tendrá una objetivo comercial. Lógico. En otras visitas se pueden esgrimir vínculos comunes o razones sentimentales, que disimulen las intenciones mercantiles del viaje. Siempre hay un **Gaspar de Portolà** al que citar en los discursos. En el caso de China, será difícil encontrarlo. Mirando a Oriente, nuestros **Marco Polo** no pasaron del Mediterráneo. Con China sólo tenemos en común los muchos estudiantes maoistas que hubo en la universidad de Barcelona en los años 60 y que más de uno, en estos momentos, debe ser dirigente de Convergència. Pero mejor será no citar a los estudiantes maoistas y a los muchos

EDITORIALES

Reflexionando

LAS relaciones, casi siempre tensas, entre la Generalitat y el ayuntamiento de Barcelona y los celos que parecen existir entre ambas instituciones, tan cercanas pero tan distantes, se pueden considerar como un síntoma enfermizo de nuestra sociedad. O mejor aún, de lo peor de sus políticos, de los que rigen ambas instituciones. Separados por una plaza y por importantes que sean los respectivos protocolos, es ridículo que, para hablar de problemas comunes, Jordi Pujol y Pasqual Maragall tengan que esperar meses y meses, y causa perplejidad el clima de misterio con que las dos partes, entregadas ahora a un periodo de reflexión sobre lo tratado, han rodeado la entrevista mantenida el pasado miércoles. Maragall declaró a la salida del encuentro que había encontrado "receptivo" al President. Sólo faltaría que no fuera así.

Jordi Pujol gusta de mantener contactos con todos los sectores ciudadanos. Pasqual Maragall toma habitualmente el pulso de la ciudad desde la misma calle. Pero se diría que ambos ignoran lo que piensa el ciudadano medio: a los barceloneses les tienen sin cuidado los protagonismos y las cuestiones de procedimiento que tanto preocupan en nuestras instituciones; quieren una *Barcelona, més que mai* y una *Catalunya endavant*, y les subleva que, en ocasiones, desde las respectivas posturas políticas mayoritarias de uno y otro lado de la plaza de Sant Jaume, el concepto de Barcelona y el de Catalunya se presenten casi como excluyentes.

Que reflexionen Jordi Pujol y Pasqual Maragall sobre los problemas de Barcelona. Pero que piensen en el ciudadano, sin olvidar que hemos rebasado ya la mitad del mes de julio y que dentro de dos semanas se irán de vacaciones. Sólo faltaría que al retraso de la reunión se añadieran ahora nuevas demoras en definir lo que deben hacer conjuntamente.

Comisiones

TRIBUNA

ROMÁN GUBERN
Catedrático de la universidad Autònoma de Barcelona. Ex profesor universitario en California. Escritor



La palabra sionismo aún no ha entrado en nuestro diccionario y el tema del poder sionista en los medios de comunicación de masas es tabú en EEUU. Pero de su existencia no puede dudarse, por lo que se hace preciso distinguir entre sionista y sencillamente judío

El tabú del poder sionista

HE vivido en la universidad Complutense de Madrid la singular experiencia de participar en un tribunal, para juzgar la tesis doctoral de un palestino, que versaba sobre el control sionista de los medios de comunicación de masas. En realidad, se trata de un viejo asunto, pero de un viejo asunto tabú del que nadie se atreve a hablar, por lo menos en los países occidentales.

Recuerdo que hace años pregunté al investigador **Robert Rosenstone**, un historiador judío de izquierdas –su tesis doctoral versó sobre la actuación de Brigada Lincoln en España, y colaboró con **Warren Beatty** en el guión de la película *Reds*–, que me explicara cómo funcionaban las relaciones entre el poder judío y los medios de comunicación. Fue entonces cuando por vez primera escuché que aquélla era una cuestión tabú en Estados Unidos, sobre la que no se podía hablar ni publicar. **Robert Rosenstone**, buen amigo e historiador meticuloso, se extendió entonces en consideraciones acerca de la inmigración judía en el siglo XIX, acerca del desarraigo social que experimentaron, acerca de su imposibilidad o dificultad para penetrar en el negocio inmobiliario o en empresas tradicionales, lo que empujó a muchos de ellos a actividades sin tradición ni prestigio, como eran la prensa o el cine. Así empezó todo.

En Estados Unidos no es ningún secreto que el cine ha sido y es un negocio judío, desde **Samuel Goldwyn** hasta la productora Cannon, tan judíos como el periódico *The New York Times*, el más influyente del país, al que, por cierto, **Francisco Franco** prefería considerar como un diario masón.

Sin embargo, nadie habla del poder judío, y menos todavía de sionismo, en Estados Unidos. Al fin y al cabo, *Exodus*, la película de **Otto Preminger** sobre la novela de **Leon Uris**, fue vista como un filme de aventuras y no como una glorificación del Estado de Israel. El poder judío está tan presente en Estados Unidos, que acaba por parecer como invisible.

El Estado de Israel se edificó en 1948 sobre la mala conciencia derivada del genocidio nazi. Todos estuvieron de acuerdo en la fundación de una nueva patria para las víctimas, salvo los palestinos. A los anglosajones, por otra parte, les iba muy bien mantener un gendarme aliado en la encrucijada árabe y petrolífera de Oriente Medio.

Ya se ha visto, con el paso de los años, lo que aquella operación ha dado de sí. Con la legitimación conseguida con un genocidio inexcusable, los judíos se han convertido en verdugos de los palestinos. Han sido necesarios los asesinatos, las injusticias y desmanes de los últimos meses para que algunos descubrieran que el nazismo y el racismo no tienen un solo color ni un solo uniforme.

HA a sido éste un descubrimiento tardío que, además, ha redundado en acrecentar la confusión de los devotos abanderados de la tierra prometida y también la de los admiradores de políticos como **Enrique Múgica Herzog** y **Jordi Pujol**, que por distintos motivos son fervorosos defensores del Estado de Israel.

La palabra sionismo no ha entrado todavía en nuestro vocabulario político, a pesar de que nadie ignora la existencia de un potente grupo de presión judío en los medios de comunicación y fuera de ellos. Es ésta una palabra exótica y malsonante que se resiste a la asimilación.

En todo caso, ha de quedar claro que ser judío no es sinónimo de sionista. Ni **Karl Marx**, ni **Woody Allen**, ni **Robert Rosenstone**, tres judíos de pro, son sionistas.

La distinción, la linde, entre los conceptos de sionista y judío debiera estar muy clara. Conozco a no pocos judíos que detestan el Estado militarista y racista de Israel. Sin embargo, los que detentan el poder efectivo son los sionistas, que amalgaman etnia, religión, nación, expansionismo y militarismo. Éste es uno de los grandes dilemas de la política internacional contemporánea, cuya importancia rebasa y desborda el área de Oriente Medio.

Debemos respetar a los judíos, pero también denunciar a los sionistas.